

Ecuador: elecciones presidenciales de 1988

CÉSAR MONTÚFAR M.*

CON EL TRIUNFO del socialdemócrata Rodrigo Borja sobre el candidato populista Abdalá Bucaram, el 8 de mayo de 1988 culminó en Ecuador una de las elecciones presidenciales más controvertidas de su historia. Durante casi ocho meses de campaña, la escena política del país vivió momentos muy conflictivos en los que el enfrentamiento entre las posiciones en disputa, alcanzó niveles de violencia verbal y antagonismo poco comunes en este tipo de contiendas. Una vez descartados ocho de los diez candidatos en una primera vuelta de elecciones, resultaron finalistas dos formas distintas de concebir y hacer política; la primera, representada por un partido moderno, constituido sobre bases ideológicas y una estructura nacional, y la segunda, por una agrupación política basada en el carisma de su candidato a la presidencia y en el mantenimiento de una extendida clientela electoral.

Este artículo buscará explicar por qué el proceso político del país llegó en las elecciones de 1988 al dilema entre esas dos posiciones. Entendemos que cualquier proceso electoral implica una previa reducción de todas las expectativas y construcciones ideológicas en una o dos propuestas entre las que el pueblo elige. Para ello trataremos de reconstruir el proceso ideológico que culminó en esta coyuntura y la forma como se constituyeron los actores e identidades políticas que actuaron en ella. Concretamente, intentará responder a dos preguntas básicas: *a)* ¿Qué se eligió en las elecciones presidenciales de 1988, es decir, cuáles fueron los discursos políticos, los símbolos, deseos, y valores puestos en juego?, y *b)* ¿Quiénes eligieron, cuáles fueron los actores electorales y mediante qué estrategia fue creada su identidad política?

Este enfoque sitúa nuestro análisis en la determinación de las formas en que se produce cotidianamente la política en el seno de la sociedad (Landi, 1981); cómo es concebida y practicada por cada grupo social, y qué conflictos genera la existencia de diversas prácticas políticas en el escenario político. Siguiendo a Ernesto Laclau (1986), esta problemática se resuelve en el terreno de lo discursivo, es decir, en las prácticas significantes (discursos) desde las que se constituyen las identidades y diferenciaciones sociales. La articulación y el conflicto político son, por tanto, fenó-

* Sociólogo, investigador de Desarrollo y Autogestión (DYA), Quito.

menos que nacen en la interacción de diversos discursos, desde los cuales, los actores sociales se definen como sujetos políticos.

A continuación, se realizará una revisión de los discursos y actores políticos presentes en la sociedad ecuatoriana de los últimos años. Se intentará reconstruir en el tiempo su proceso, para de allí comprender cómo fue posible el surgimiento, en 1988, de una coyuntura electoral, condensada en función del dilema entre la propuesta institucionalista del candidato triunfador y el discurso populista de su oponente.

DISCURSOS Y ACTORES EN EL PROCESO POLÍTICO ECUATORIANO

En los últimos cuarenta años, paralelamente a la modernización de su economía y de su sociedad, Ecuador logró crear una comunidad nacional e institucionalizar un sistema político moderno. Esto no significó únicamente el establecimiento de un nuevo marco jurídico, regulador de las relaciones Estado-sociedad sino, en lo fundamental, la fundación de un discurso político que articuló a su sentido histórico (Laclau, 1986) a la mayoría de las fuerzas sociales y políticas.

Ese discurso se constituyó sobre la idea del desarrollo económico y la modernización de la sociedad. Su contenido, si bien se remonta al siglo pasado cuando aparecieron los primeros indicios de constitución del Estado nacional, cobró fuerza en la coyuntura de las décadas de 1940 y 1950, cuando Ecuador vivía aún los rezagos de la crisis de la sociedad cacaotera. En 1944, ocurrió en el país una revolución democrático-burguesa que derrocó al gobierno oligárquico de aquel entonces, y planteó un proyecto de reformas de claro contenido modernizador.

No obstante el fracaso del proyecto reformista de la Revolución, las condiciones de crisis de esos momentos hicieron de la reforma y modernización de la sociedad ecuatoriana un asunto impostergable. En el período 1950-1980, se produjeron tres traducciones principales del discurso del desarrollo, mediante las cuales, la mayor parte de la sociedad ecuatoriana reinterpretó el contenido del discurso modernizador.

En primer lugar tenemos la versión tecnocrático-oligárquica, representada por Galo Plaza (1948-1952); en segundo, la versión populista, articulada por líderes como Velasco Ibarra, Guevara Moreno y Assad Bucaram y por último, la tecnocrático-autoritaria, impulsada por los gobiernos militares de las décadas 60 y 70.

Ahora bien, las tres versiones desarrollistas, lejos de constituir paradigmas cerrados, combinaron sus características e hicieron que el Estado encerrara en sí mismo diversas estructuras tecnocráticas, populistas y/o autoritarias de administración y de relación política con la sociedad. Sin embargo, los grupos tradicionales de poder, terratenientes y agroexportadores, y las fuerzas armadas fueron los sujetos políticos que más influyeron

sobre el proceso de modernización ecuatoriano, en vista de su mayor capacidad de presión sobre el aparato estatal.

La influencia de ambas posiciones, si bien tuvo puntos de acuerdo, mantuvo una tenaz contradicción en cuanto al papel del Estado en el proceso social. Las fuerzas armadas plantearon un Estado conductor, planificador y participante directo en la modernización; en tanto los grupos oligárquicos, a través de la presión política de sus gremios, pugnaron por una vía de desarrollo menos centralizada en la que el Estado se limita a financiar y proteger el desenvolvimiento de las actividades privadas.

Para finales de los años setenta, el desenlace de esta pugna se tradujo en la consolidación de un modelo de desarrollo en el que el Estado cumplía el papel fundamental: conductor, participante directo del proceso económico y fuente de distribución de recursos a la sociedad.¹ Al mismo tiempo, se constituyó una estructura económica absolutamente dependiente de la transferencia de recursos estatales al sector privado, y basada en un altísimo grado de concentración de la riqueza e inequidad social. Esto último fue consecuencia de la formación de un sistema político ligado al predominio de un discurso estatal autoritario, la influencia directa de determinados grupos de poder en la estructura del Estado y la exclusión política de los sectores sociales económicamente menos favorecidos.

En 1978, cuando este estilo de modernización había culminado, las fuerzas armadas convocaron a la sociedad ecuatoriana a preparar el camino del retorno democrático. Lo importante del proceso fue la forma escogida para el efecto: un plebiscito en el cual se eligiera entre dos constituciones y luego, una vez establecido el marco jurídico a regir, la elección presidencial, parlamentaria y seccional. Esta posición prevaleció sobre la propuesta de la oligarquía ecuatoriana que presionó por una vía de retorno democrático que garantizara su influjo sobre el sistema político, ya sea por medio de la instalación de una asamblea constituyente o de un gobierno cívico-militar.

En el referéndum de 1978, triunfó sobre la constitución reformada de 1946, la llamada Nueva Constitución. Esta carta política legitimó el papel activo del Estado en el proceso económico, reemplazó las antiguas senadurías funcionales por un sistema de partidos políticos y amplió a todos los ciudadanos mayores de 18 años el universo electoral. La idea era constituir un sistema político moderno, basado en la actuación de partidos ideológicos que reemplazaran el papel de los gremios en la canalización de las demandas sociales y neutralizaran la influencia de los líderes populistas en las masas. El triunfo de la Nueva Constitución significó el establecimiento de un sistema político contrario a las versiones oligárquica y populista del discurso modernizador, fortaleciendo la posición del Estado y de sus aparatos en el devenir del proceso social ecuatoriano.

¹ Esta definición coincide con el concepto de Estado populista latinoamericano, utilizado por Alain Touraine (1987).

A pesar de todas las precauciones tomadas contra el populismo, en las elecciones presidenciales de 1979 triunfó con una abrumadora mayoría Jaime Roldós, joven político de Concentración de Fuerzas Populares (CFP) y, en un principio, heredero político de Asaad Bucaram. Su triunfo ocurrió sobre la propuesta articulada por la derecha económica y política del país, encabezada por Sixto Durán Ballen.² Vale decir que, en la segunda vuelta electoral, Roldós alcanzó el 64.8% de los sufragios, contra el 31.5% de su contendiente, que triunfó en las cuatro regiones del país y en 19 de las 20 provincias ecuatorianas. Lo propio ocurrió con su partido (CFP), que en las elecciones parlamentarias ganó ampliamente alcanzado un promedio del 30% de la votación para diputados nacionales y provinciales.

El compañero de fórmula de Roldós fue Osvaldo Hurtado, otro joven político proveniente de la Democracia Popular (DP), partido reformista de cuño moderno. Así, la inmensa base de apoyo electoral del binomio Roldós-Hurtado tuvo mucho que ver con la amplitud del universo discursivo que logró articular, no circunscrito únicamente a los sectores suburbanos de las ciudades ecuatorianas sino al amplio espectro de sectores medios, siempre apegados a las propuestas tecnocráticas. A ello se sumó la intención deliberada de incluir en su proyecto a otros sectores sociales y políticos, que como las organizaciones campesinas y sindicales, fueron invitadas a participar de ciertas decisiones y políticas de redistribución del nuevo gobierno.

El giro tecnocrático del populismo roldosista, representó para el país la posibilidad de juntar por primera vez dos elementos que, en el proceso de modernización ecuatoriano, siempre estuvieron separados; a saber, movilización y participación popular con reforma económica y política.

Ya en funciones, remarcando en su discurso un claro contenido antioligárquico y reformista, Roldós buscó conciliar el desarrollo económico con la democratización del sistema político. Para ello, fortaleció la función planificadora del Estado e impulsó una política de redistribución de la riqueza y de atención a programas sociales dirigidos a los sectores económicamente más deprimidos.

Ello generó la reacción inmediata de la oligarquía, e incluso del populismo tradicional, representado por el líder de la CFP, Asaad Bucaram. Detrás de esta contradicción, se volvían a enfrentar en la escena política nacional dos propuestas distintas de modernización, que si bien conservaban la matriz ideológica de la que surgieron, habían sufrido modificaciones tanto en sus actores políticos como en sus principales personajes. De un lado, la propuesta oligárquica y, de otro, el populismo, que habiendo incluido en su interior una consolidada propuesta tecnocrática, buscaba ampliar su incidencia en otros grupos de la sociedad.

² En la primera vuelta de las elecciones de 1979, la Izquierda Democrática alcanzó con su candidato presidencial, Rodrigo Borja, el 12% de los sufragios en todo el país.

Pero además, la coyuntura en que se desarrolló el gobierno de Roldós coincidió con la crisis del modelo de desarrollo económico constituido desde los años cincuenta. Roldós respondió a las nuevas circunstancias liberando progresivamente al Estado del subsidio de ciertas actividades privadas. Este hecho implicaba un reacomodo profundo de las funciones del Estado respecto de la modernización de la sociedad, al punto que entraba en conflicto no sólo con los postulados del discurso roldosista, sino también con los fundamentos políticos de la constitución aprobada en 1978.

La sociedad ecuatoriana, acostumbrada a un Estado protector y distribuidor de recursos, reaccionó inmediatamente en contra de las medidas económicas. Su reacción fue una de las primeras manifestaciones de la sociedad frente a la clausura de la primera fase de modernización del país.

A partir de la década de los ochenta, la modernización adquiere un nuevo contenido: el ajuste económico, el repliegue del Estado y la transferencia de su papel en el funcionamiento de la sociedad a las fuerzas del mercado (Calderón, 1990). El desarrollo cedió su puesto a la racionalización, la inversión y el crecimiento económico a la austeridad, la utopía del progreso al discurso de la crisis.

Es importante considerar que esta transformación en el discurso político coincidió con la inauguración del sistema democrático. La compleja interrelación entre el nuevo discurso estatal de la modernización y la expectativa de movilización social que implicó la inauguración democrática, definieron, desde entonces, la correlación de fuerzas y el conflicto entre los sujetos políticos durante la década de los ochenta. Paradójicamente, los sujetos sociales irrumpieron con sus demandas en el aparato estatal, justo en el momento en que comenzaba a declinar su esquema de funcionamiento paternal.

LA COYUNTURA PREELECTORAL ³

La coyuntura electoral de 1988 tiene su origen en la muerte del presidente Roldós y en el reacomodo de los actores y discursos políticos que se produjo en el gobierno de Osvaldo Hurtado.

La muerte de un líder de las características de Roldós dejó la expectativa de un proyecto no concluido de desarrollo y justicia social, que no encontró continuidad en la tendencia populista existente ni en el gobierno de su sucesor. Lo primero, en vista de que su proyecto político careció de expresión orgánica, puesto que los partidos populistas atravesaban un momento de ruptura y crisis.⁴ Y lo segundo, por cuanto la tendencia tecno-

³ Las estadísticas electorales utilizadas en este apartado fueron tomadas de Darlic (1987).

⁴ Concentración de Fuerzas Populares (cfp), partido populista que apareció en los años cincuenta, llegó a su punto más alto en 1979 cuando triunfó en las elecciones presidenciales, parlamentarias y seccionales de ese año. A causa de la pugna

crática representada por Hurtado fue incapaz de convocar el consenso de los sectores que apoyaron a Roldós. De esa manera, la unidad entre reforma y participación popular que Roldós articuló, sufrió con su muerte una fractura insalvable, fractura que poco después conducirá a la separación definitiva entre populismo antioligárquico y tecnocracia.

Apenas asumió el poder, Hurtado pretendió profundizar el programa de reformas que iniciara su antecesor. Propuso el enjuiciamiento de los empresarios evasores de impuestos, un proyecto de ley para frenar la liquidación ficticia de empresas, un nuevo código agrario, etcétera. Asimismo, fomentó el fortalecimiento de las organizaciones populares e instrumentó un programa de inversión social y desarrollo rural.

Paralelamente, continuó con el ajuste económico mediante un programa de racionalización fiscal orientado a estabilizar las finanzas públicas, restringir el gasto fiscal, controlar la inflación y promover la recuperación de los indicadores del sector externo (Argonés, 1985).

Ambas acciones desataron nuevamente la respuesta de la empresa privada, mediante la protesta de sus gremios y la acción parlamentaria de los partidos políticos identificados con sus intereses. El Partido Social Cristiano (PSC) y su líder en el Congreso, León Febres Cordero, llevaron adelante incisivas y violentas interpelaciones a diversos ministros del gabinete de Hurtado con el objetivo de frenar el impulso reformista de su gobierno.

Éste, por el contrario, no logró constituir un bloque de fuerzas políticas y sociales que lo respaldara. Los partidos tecnocráticos y reformistas afines al partido del gobierno, entre ellos la Izquierda Democrática (ID), muchas veces se convirtieron en otros focos de oposición a las acciones del Ejecutivo.

De igual manera, las organizaciones populares, luego de que vieron frustradas sus expectativas de redistribución y de participación política, generaron un movimiento de protesta de grandes proporciones que en más de una oportunidad obligó al gobierno a decretar estado de emergencia nacional. Y es que, más allá de los programas sociales instrumentados, el programa de estabilización económica del gobierno produjo un crecimiento desmesurado de la inflación y un grave deterioro de la calidad de vida de vastos sectores de la población.

Progresivamente, el gobierno de Hurtado fue cercado por una movilización generalizada de la sociedad, que desde diversas perspectivas impugnaba su gestión. Así, su visión tecnocrática de la crisis quedó aislada y carente de toda legitimidad. La DP perdió de esa manera la oportunidad de orientar el ajuste hacia un esquema más equitativo y articulado de la estructura productiva, y de limitar la influencia política de la oligarquía en el seno del sistema político.

de sus líderes principales, Asaad Bucaram y Jaime Roldós, sufrió desde entonces un sinnúmero de fracturas. La más importante desembocó en el surgimiento del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), conducido por Abdalá Bucaram, Ortiz, sobrino de Asaad Bucaram y cuñado de Roldós.

Como consecuencia, Osvaldo Hurtado limitó su gestión a evitar que el conflicto desbordara la capacidad de mediación del régimen democrático (Mills, 1884). Y por último, en la etapa final de su gobierno, cedió a las presiones de los grupos tradicionales de poder, dando paso a una política de generosa ayuda económica al sector privado, que culminó con la llamada "sucretización" de su deuda externa.

Sin duda alguna, el gobierno había sido derrotado por la derecha. Febres Cordero, aparente vencedor de la contienda, pudo entonces capitalizar ya no sólo el respaldo de la oligarquía, sino el apoyo de todos los sectores golpeados por la crisis y el ajuste. En especial, el subproletariado, actor político desprendido del discurso populista de reforma que levantó Jaime Roldós y que quedó flotando en la escena política con la crisis de CFP. En otras palabras, la ruptura del populismo antioligárquico y la tecnocracia fue aprovechada por la derecha para, al cambiar su estilo político, crear un discurso, populista carente de todo contenido de reforma.

Ello resulta perfectamente explicable si tomamos en cuenta que la posibilidad real de instrumentar reformas políticas y económicas al modelo de desarrollo, era en ese momento imposible. La existencia de un populismo de reforma era una ilusión, porque ello implicaba el fortalecimiento de un Estado que condujera el proceso social e influyera en el carácter inequitativo de la estructura económica; circunstancia que se tornaba difícil, si no imposible, en la coyuntura de ajuste. Ante ello, Febres Cordero, patriarca de la oligarquía guayaquileña, creó un discurso anticrisis, basado en el rechazo a cualquier solución tecnocrática. Utilizó símbolos como los de padre, patrón y jefe, para convocar en la conciencia de los electores una forma clientelar y autoritaria de hacer política. Articuló un discurso sobre el ofrecimiento demagógico y la oferta personal, que apeló a un liderazgo basado en el prestigio de lo oligárquico, el grupo que según Febres Cordero, conocía "por experiencia" cómo manejar una hacienda, un negocio, y por lo tanto, un país.

Otro de los ejes sobre los que se constituyó el discurso de la derecha fue el ataque personal a Hurtado y el regionalismo. La imagen del presidente fue estigmatizada como la del intelectual, de origen serrano, incapaz de resolver los problemas del Estado y de comprender las necesidades (o las expectativas materiales de la modernización) de la gente más pobre, en especial de la Costa. Febres Cordero transformó de esa manera el problema de la crisis económica y de las políticas de ajuste, en asunto concerniente a la personalidad del presidente y al centralismo de la administración pública.

La unificación discursiva de tecnocracia y centralismo, localizó nuevamente la escena política en la vieja discusión sobre la relación Estado-sociedad. Ello garantizó al creador de dicho discurso una base de apoyo geográficamente definida.

En síntesis, mediante este discurso, Febres Cordero interpeló no sólo

a los sectores económicos opuestos a la intervención del Estado y al régimen, sino a todos los grupos de la sociedad, cuyo acceso a la modernidad exigía mayores niveles de redistribución y no todavía del ajuste y racionalización. Tal nivel de consenso permitió al líder de la oposición unificar en un solo frente, el Frente de Reconstrucción Nacional (FRN), todas las fuerzas que respaldaron su candidatura presidencial.

La derrota política de Hurtado tampoco significó la anulación completa de su propuesta de reforma. El mismo fortalecimiento del populismo de derecha creó el espacio para la consolidación de su opuesto. Este espacio fue aprovechado por la *UD*, partido encabezado por Rodrigo Borja, que con base en una estrategia orientada a diferenciar su posición de la del gobierno y a oponerse tenazmente a la derecha, logró captar el apoyo de los sectores antioligárquicos y portadores del proyecto reformista.

Ambas propuestas resultaron finalistas en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1984. En la segunda vuelta, Borja intentó consolidar un discurso "ideológico" basado en el dilema centro-derecha, ideología-populismo y pueblo-oligarquía. Esta posición, si bien le había sido útil en la consolidación de su partido, ya en la contienda electoral, su adversario supo sacar mayor provecho de ella, cuando desde la exaltación de su propia personalidad como la de padre y patriarca protector, acusó al candidato socialdemócrata de representar la misma posición "libresca" y tecnócrata de Hurtado. En ese sentido, mientras Borja buscó la oposición ideológica con su contendiente, Febres Cordero volvió a su estrategia del enfrentamiento personal y regional.

Finalmente, la derecha venció en la contienda, aunque con una diferencia de tan sólo el 3% de los sufragios.⁵ A diferencia de Roldós, Febres Cordero resultó vencedor únicamente en 6 provincias y en una de las cuatro regiones del país. Su triunfo fue marcadamente regional, ubicándose en la Costa y en especial en la provincia del Guayas, donde obtuvo el 67% de los sufragios contra el 32% de su adversario. Sin embargo, también fue determinante el caudal electoral que recibió en provincias serranas como Tungurahua y Pichincha, donde a pesar de perder, no lo hizo con gran diferencia. Esta circunstancia revela que el discurso febres-corderista penetró en ciertos sectores de esta región.

En las elecciones de 1984 fue posible determinar también el crecimiento de un nuevo partido populista. El Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), escisión del CFP, ganó con Abdalá Bucaram la alcaldía de Guayaquil, alcanzando el 39% de los votos escrutados.

Ya en funciones, el estilo autoritario para manejar la cosa pública y el programa económico de Febres Cordero, hicieron de su administración un período de profundización de la crisis económica y de marcada inestabi-

⁵ En las elecciones parlamentarias de 1984, la *UD* triunfó logrando el 20% de la votación para diputados nacionales y provinciales. En segundo lugar se ubicó el PSC con el 17,8 y el 11,4% de los sufragios, respectivamente.

lidad política. Varias tendencias coincidieron para que ello ocurriera. En primer lugar, la consolidación de un programa económico encaminado a eliminar la injerencia del Estado en dos puntos claves de la economía, el mercado cambiario y la determinación de las tasas de interés; la disminución radical de los subsidios estatales de servicios públicos, combustibles, algunas importaciones, y la instrumentación de una política de precios reales. Este esquema se mantuvo vigente durante los dos primeros años de gobierno. La caída del precio y la suspensión total de las exportaciones de petróleo ocurridas en 1986 y 1987 respectivamente, cambiaron la orientación económica del régimen. Se aplicó desde entonces una política de incontrolada emisión de dinero circulante, con el objetivo de continuar el financiamiento de las obras que el gobierno había iniciado. La consecuencia fue un desequilibrio generalizado de toda la economía y, en especial, del índice inflacionario.

En segundo lugar, el fortalecimiento del discurso populista de derecha con la subsiguiente ampliación de su clientela electoral. Para el efecto, el gobierno generó, contradictoriamente con su política económica, un ambiente de derroche y aumento desmesurado del gasto en donaciones gubernamentales, en especial para las provincias de la Costa y la ciudad de Guayaquil.

Otro elemento decisivo en la consolidación del discurso populista de derecha fue el abandono de la alcaldía de Guayaquil, por parte de Abdalá Bucaram. Éste debió afrontar varios juicios, por lo cual decidió "autoexiliarse" en Panamá, para evitar ser detenido. Si bien esto engrandeció su imagen, como la de un perseguido político, en la coyuntura permitió al psc operar sin oposición alguna en los sectores suburbanos de Guayaquil, donde concentró gran parte de su clientela nacional.

En tercer lugar, el deterioro de la institucionalidad democrática creada en 1979. Recordemos que la derecha se opuso abiertamente a la constitución aprobada en 1978 e intentó una vía de transición democrática que evitara la participación de las masas dentro de un sistema político moderno. Al llegar Febres Cordero al poder, entró en sistemática confrontación con todas las instituciones democráticas que discreparan con su gobierno. El Parlamento, la Corte de Justicia, el Tribunal de Garantías Constitucionales, el Tribunal Supremo Electoral, las fuerzas armadas, tuvieron a su tiempo serias confrontaciones con el Ejecutivo, que en más de una ocasión violó cualquier precepto constitucional para imponer su voluntad. A ello se sumó la falta de respeto constante de Febres Cordero para con las libertades públicas consagradas por la legislación del país, la restricción de la libertad de expresión y la violación de los derechos humanos.

Esta contradicción se profundizó aún más en los dos últimos años de gobierno de Febres Cordero, al punto de que el enfrentamiento entre el ejecutivo y el legislativo llegó a una total ruptura luego de que el presidente no acatara la destitución de uno de sus ministros dictada por el Congreso.

Ello asemejó al gobierno a un régimen de facto, no susceptible al control de ninguna autoridad civil.

Pero el hecho de mayor repercusión ocurrido durante la administración de Febres Cordero, fue la crisis institucional que sufriera la cúpula de las fuerzas armadas, a raíz del levantamiento del general Frank Vargas Pazzos. Su desenlace fue el secuestro del propio presidente por un grupo de oficiales y comandos de la Fuerza Aérea, para exigir la libertad del general rebelde. Ello desprestigió inmensamente la imagen del gobierno e hizo que el conjunto de la institucionalidad democrática del país reaccionara en contra de las continuas actitudes dictatoriales del presidente.

Febres Cordero no cedió. En 1986 convocó a un plebiscito con el objetivo de legitimar su estilo de gobierno y su proyecto económico. Concretamente, la consulta popular buscaba una respuesta afirmativa en la reforma de la ley de partidos, mediante la supresión del artículo que precisa la necesidad de pertenecer a un partido para acceder a cualquier cargo, vía elección popular. Febres Cordero levantó así la bandera de los "independientes", para debilitar las tendencias tecnocrático-reformistas de los partidos de la oposición.

En esta coyuntura, el debate político se situó en la batalla entre institucionalidad democrática y populismo oligárquico, entre estilos personalistas y clientelares de hacer política y aquellos basados en un andamiaje partidario. Nuevamente se puso en primera línea del debate político el papel de los partidos y de los gremios como entidades canalizadoras de la representatividad de los sectores sociales frente al Estado.

Todas las organizaciones democráticas del país, incluidos algunos partidos populistas pero de tendencia antioligárquica como el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), se agruparon en torno a la Coordinadora Nacional por el No. Su estrategia tuvo el acierto de proyectar el descontento popular por la situación económica al fortalecimiento del marco constitucional del sistema político. Ello fue muy importante pues implicó la conformación de un movimiento social de gran magnitud, articulado en función del respaldo a la institucionalidad democrática ecuatoriana y opuesta al populismo de derecha.

El No triunfó en el plebiscito con un margen bastante amplio: 56.8 contra 24.9% de los votos. Este triunfo permitió la consolidación nacional de dicha corriente y la consolidación de la posición de los partidos, como canalizadores más idóneos de representatividad de los sujetos políticos.

Sin embargo, el populismo de Febres Cordero no fue totalmente derrotado. En las elecciones parlamentarias (para renovar diputados provinciales) que se realizaron junto a la consulta, el psc logró un significativo crecimiento electoral al alcanzar el 12.6% de los sufragios en todo el país. Estos resultados lo ubicaron en segundo lugar, sólo por debajo de la id, que logró 14.4%. Como se esperaba, el grueso de su votación se concentró en la Costa, donde obtuvo el 61.3% del total de sus sufragios.

Este enraizamiento en la sociedad del proyecto populista del PSC, legitimó frente a amplios sectores de la escena nacional, la vigencia de un programa económico de ajuste viciado por los intereses particulares de determinados grupos oligárquicos. Su propuesta populista fortaleció la influencia de la oligarquía en el interior del Estado, circunstancia que contradice la vigencia de un sistema político moderno, y cerró toda posibilidad a un programa económico desconcentrador de la riqueza.

Por otro lado, el resultado de las elecciones parlamentarias mostró que la influencia de las clientelas electorales constituía una característica ascendente en la escena política nacional. En la coyuntura, éstas se vieron fortificadas no sólo por el apoyo que recibieron del gobierno sino por el dilatamiento de la separación entre institucionalidad democrática y participación popular, que generó el estilo populista y autoritario de Febres Cordero. Su discurso preconizó la invalidez de los procedimientos democráticos y técnicos del Estado y, por el contrario, promovió una forma autoritaria y paternalista de gestión, muy susceptible a la presión de grupos particulares.

De esta manera, la escena política nacional posterior a las elecciones de 1986 quedó determinada por el crecimiento de dos corrientes antagónicas: la democrático-institucionalista y la autoritario-populista. La primera, se unificó alrededor del discurso levantado por la mayoría de los partidos de la centro-izquierda e izquierda, y la segunda, se constituyó sobre la red clientelar articulada por el partido del gobierno.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1988 ⁶

Ecuador arribó a 1988 envuelto en una aguda crisis económica y una gran tensión e inestabilidad sociales. El sistema político presentaba un panorama de deterioro institucional, cuyos rasgos más sobresalientes eran la pugna entre los poderes del Estado, el malestar existente en las fuerzas armadas y el clima de violencia general que creó la violación sistemática de los derechos humanos por parte de los aparatos militares del Estado.

La crisis económica e institucional por la que atravesaba el país determinó que el aspecto central de la discusión en la escena electoral fuera nuevamente el papel del Estado en la administración de la crisis. En la coyuntura, este aspecto se manifestó mediante el problema de la representatividad del sistema político. Como consecuencia, el punto de intersección de todos los discursos se centró en el dilema Estado tecnocrático-partidos modernos y Estado populista-clientelas electorales. A medida que las elec-

⁶ Las citas textuales que aparecen en este apartado fueron tomadas de crónicas, artículos de prensa y propaganda electoral aparecidos en los periódicos *Hoy*, *El Comercio* y *El Universo*, en sus ediciones correspondientes a los meses de enero, febrero, marzo, abril y mayo de 1988.

ciones se acercaban, cada una de las fuerzas políticas comenzó a agruparse y a definir sus candidaturas.

Para la primera ronda electoral, el gobierno planteó una estrategia bastante acertada a sus intereses, al proponer como candidato presidencial a Sixto Durán Ballen, viejo político cuyas principales cualidades eran, por un lado, representar una línea mucho menos antiinstitucional que la de Febres Cordero, y por otro, tener una importante ascendencia en la Sierra, sobre todo en Quito, ciudad de la que fuera alcalde. Esto era correcto, pues el partido Social Cristiano podía estar seguro del respaldo de un importante sector de los votantes en la costa y lo que precisaba era captar el electorado serrano.

Sin embargo, su estrategia cometió dos errores que le costaron la derrota. El primero, no haber logrado unificar su fuerza electoral como en 1984, al permitir la presentación de varias candidaturas de la misma tendencia, como la del Partido Liberal (PL) y la del Frente Radical Alfarista (FRA). El segundo y más importante, promover el retorno y la candidatura de Abdalá Bucaram, pensando que su posición de centro izquierda quitaría votos a sus opositores.

En la práctica, ambos hechos fueron los principales causantes de que Durán Ballen quedara tercero en la primera ronda (a solamente 90 000 votos de Bucaram) y por lo tanto fuera eliminado de la contienda. El PL y el FRA le restaron juntos más de 150 000 votos de sectores de distinta posición social, pero claramente identificados con la derecha, y el segundo le ganó el respaldo de gran parte de su clientela ubicada en las ciudades costeñas.

El triunfo del populismo de Abdalá Bucaram sobre el discurso populista de derecha, es fácil de explicar si se toma en cuenta que en la historia reciente del país, éste representó una manifestación de las fuerzas de la reforma, cuya figura descollante de los últimos tiempos fue Jaime Roldós. Abdalá Bucaram, heredero autoproclamado y cuñado de éste, explotó hábilmente esta circunstancia y captó a su favor el apoyo de la clientela social-cristiana.

Para ello, estructuró un discurso basado en el despliegue de una espectacularidad sin precedentes, la utilización de la figura del expresidente y la proyección de su propia imagen como la de un mártir y perseguido político. Buscó una alianza con sectores políticos de una corriente no populista y para ello aprovechó una fracción de la ID, el llamado Movimiento Socialista Democrático (MSD) para conformar su fórmula presidencial. De esta manera, Bucaram se colocó segundo en la primera ronda, derrotando al candidato de la derecha. Roldós, esta vez por interpósita persona volvió a triunfar sobre Durán Ballen.

La corriente institucionalista ⁷ tampoco se presentó unida. Sin embargo,

⁷ La noción de que la propuesta electoral de la ID orientó en 1988 su discurso al restablecimiento de la institucionalidad democrática del Estado ecuatoriano la

la indiscutible supremacía orgánica de la *M* sobre todos los demás partidos de esta tendencia, hizo que se convirtiera en la fuerza electoral que aglutinó la oposición al gobierno de Febres Cordero. Como contrapartida al deterioro institucional, la crisis económica y el contenido regionalista del discurso febres-corderista, Borja centró su discurso en la defensa de los fundamentos del sistema político, la crítica al manejo económico del régimen y el tema de la unidad nacional. Es decir, los mismos tópicos sobre los cuales el electorado ecuatoriano se manifestó en el plebiscito de 1986. En ese sentido, Rodrigo Borja, candidato presidencial de la *M*, participó como actor político constituido dos años antes, en la lucha contra las actitudes anticonstitucionales y autoritarias de Febres Cordero. Este discurso lo llevó a triunfar en la primera vuelta presidencial y a la *M* a ganar las elecciones parlamentarias y seccionales.

Las estrategias electorales de los candidatos finalistas variaron un tanto para la segunda vuelta. La escena política tendió a polarizarse sobre la base de dos discursos que se tornaron antagónicos.

Abdalá Bucaram desarrolló un discurso claramente orientado a exacerbar la contradicción entre institucionalidad democrática y participación popular. Se asentó sobre la misma matriz abierta por Febres Cordero, pero desde una posición diferente. Si el primero proyectó su imagen como la de un padre y patriarca, Bucaram se presentó a sí mismo como la propia masa que se rebela. Pero que no se rebela pacíficamente, sino que busca el exabrupto, la impostura, la locura y el insulto.

A lo largo de la campaña electoral, el candidato del *PRE* usó todo calificativo imaginable para atacar a su adversario. Lo tildó de oligarca, ateo, aristócrata, drogadicto, tonto, inmoral, alcohólico, etcétera. Cada vez que Bucaram hizo una intervención por un medio de comunicación, colmó de improperios a Borja como nunca antes había ocurrido en la escena política nacional.

Era claro que estas imputaciones hechas a Rodrigo Borja eran poco creíbles, incluso para el mismo insultador. Lo que Bucaram buscó, y en gran medida logró por medio de esa estrategia fue interpelar a una gran masa de la población del país y desde allí constituir un tipo de identidad política. Recordemos cómo el discurso de ajuste económico de Hurtado fue aprovechado por Febres Cordero para desprestigiar a la institucionalidad democrática y fortalecer su propuesta autoritaria frente a los sectores sociales, herederos del discurso populista de Velasco Ibarra y Asaad Bucaram. Abdalá Bucaram hizo exactamente lo mismo, aprovechando el origen populista de su partido y de su propio liderazgo. Para ello, recurrió

tomamos de Verdoso (1990). Por el contrario no concordamos con su definición de informalidad política, respecto del fenómeno de Abdalá Bucaram, por cuanto a la utilización de dicho término desconoce el hecho de que en Ecuador el Estado no es una estructura uniforme, sino que canaliza su politicidad mediante diversas "formas" políticas, entre las que se encuentran también las populistas.

a medios dotados de un histrionismo impresionante, en los que Bucaram hizo siempre las de actor: mártir, héroe, payaso, macho e incluso, cantautor.

A esta búsqueda de identidad política de un sector bastante significativo del electorado ecuatoriano, se sumaron dos elementos adicionales muy importantes en el discurso bucaramista: la utilización de símbolos religiosos y la apelación constante a lo sexual. Respecto a lo primero, el candidato del PRE habló de sí como el redentor de los humildes y llegó al punto de compararse con Jesucristo. Además, presentó a su adversario, por medio de imágenes de televisión, como el anticristo y constantemente se definió a sí mismo como un mesías.

Respecto de lo segundo, Bucaram hizo gala de su virilidad comparándose constantemente con la de su adversario y la de otros dirigentes políticos. No tuvo problemas en referirse en cualquier circunstancia a su fortaleza física y sexual, e incluso, llegó a desafiar a que se le pusiera a prueba. El machismo de su discurso, si bien tenía sus raíces en la prepotencia de Febres Cordero, adoptó un contenido mucho más personalizado y directo. Su propósito no era introducir un elemento de hilaridad a su lenguaje, sino herir, atacar, degradar a sus contrincantes.

Este discurso, mezcla de impostura, religiosidad y machismo, sintetizó el enfrentamiento de la masa suburbana contra la racionalidad tecnocrática; del pueblo llano contra la maquinaria estatal, de los débiles contra los poderosos. "La fuerza de los pobres", como rezó su eslogan de campaña, constituyó de esta manera un actor político, cuya identidad guardaba en su inconsciente el rechazo violento a la desigualdad económica y al sistema político establecido. Bucaram definió meridianamente la identidad de su electorado cuando dijo: "votar por mí es como rayar un Mercedes Benz".

Junto a ello, el discurso bucaramista hizo uso también de otro símbolo muy sugestivo: la locura. Él mismo se calificó como "el loco". Atacó desde esa posición todo aquello que, según él, era la causa de la crisis y la pobreza del pueblo. El ajuste económico, el manejo técnico y planificado del aparato estatal, la racionalización de las relaciones sociedad-Estado, la conducción de la administración pública por "hombres que son sin alma, que son inertes, que no tienen pasión por las cosas... que piensan solucionar el problema económico en términos de la estadística y se fijan más en el dólar que en el niño porque más importancia tiene la forma de financiar un proyecto de factibilidad para estudiar la economía nacional que la forma de dar capacidad a una criatura que viene en el vientre de su madre" (Bucaram, 1990: 66-67).

En oposición a la tecnocracia, Bucaram propuso su locura, su irracionalidad, su "sensible" corazón y su voluntad. La imagen que proyectó de su persona fue la antítesis del estadista moderno. No reparó en presentarse en la pantalla de televisión cantando una canción compuesta por él, relata las peripecias de su vida o sacándose la camisa en público. En este punto Abdalá Bucaram restauró, de alguna manera, el estilo de su tío

Asaad, quien muchas veces fuera nombrado como el “patán de buen corazón”.

En su perspectiva, no era importante la forma en que se manejara el Estado ni en que se resolvieran los problemas económicos, importaba solamente el hombre; Jesucristo, Batman, Zico, Bolívar o Roldós encarnados en Abdalá. Así, el candidato populista presentó su propuesta de gobierno, no con base en un programa que definiera claramente sus posiciones, sino mediante un discurso encargado de propagandizar sus opiniones personales sobre los más diversos tópicos, siendo muy común en él contradecirse. Por ejemplo, algunas veces expuso opiniones sobre temas económicos en los que dejaba traslucir la misma propuesta de Roldós sobre el Estado conductor y planificador del proceso económico. En otra ocasión, hablando frente a los empresarios, en el mejor estilo de Febres Cordero, expresó que no necesitaba precisar su programa económico con ellos, porque en su gobierno las mismas cámaras de la producción serían las encargadas de conducirlo.

En este punto hay que agregar el carácter inorgánico del movimiento bucaramista. El PRE, en sí mismo, es una estructura política con una inmensa base clientelar pero carente de cualquier definición orgánica. Su candidato presidencial resaltó esta característica como una de las principales cualidades de su opción, porque en ella, el líder accede directamente a las masas, sin ninguna intermediación burocrática y viceversa.

Por el contrario, los partidos políticos de sus adversarios y otras instituciones y organizaciones sociales fueron representadas por Bucaram como círculos regidos por grupos minúsculos, pequeñas “oligarquías” sin ninguna comunicación con el pueblo (Bucaram, 1990).

Finalmente, otro de los ingredientes del discurso populista de Bucaram fue la demagogia. El candidato del PRE ofreció a sus electores todo cuanto le fue posible en el período que duró la campaña. Infraestructura, salud, educación, vivienda, alimentación y una lista interminable de obras. Recordemos que la redistribución estatal constituía uno de los elementos esenciales del discurso populista. Bucaram lo entendió de esta manera y politizó esta circunstancia proyectando su imagen como la del restaurador de la desigualdad. Se proclamó como el “presidente de la justicia”, como el “látigo que utilizó Cristo” para castigar a los poderosos que se aprovechan de los débiles.

La impostura, la locura y la redistribución fueron los pilares del discurso político levantando por Abdalá Bucaram. Discurso que reniega de la modernidad y de la racionalización, que rechaza el tecnocratismo del Estado y de los partidos políticos modernos, que identifica a la institucionalidad democrática no como una vía de canalización de las demandas sociales, sino como el obstáculo para la realización de las mismas. Discurso que expresa poderosamente el sentimiento de exclusión política de vastos sectores sociales de Ecuador.

La interpelación discursiva de Bucaram, en ese sentido, fue una derivación del populismo de Febres Cordero, quien profundizó la separación entre el discurso modernizador del Estado y las distintas versiones del mismo en la sociedad. Curiosamente, no se identifica con el de Roldós, pionero en reunir en una sola propuesta populismo y tecnocracia, sino que es su opuesto.

Por su parte, Rodrigo Borja opuso a la impostura de su adversario la imagen de un estadista, y a su barbarie discursiva el peso de la corriente en la que se originó su candidatura. Su discurso, a diferencia del de Bucaram, acertó en no circunscribir el debate político al enfrentamiento con su adversario, sino en atacar igualmente al gobierno de Febres Cordero. El punto de encuentro entre ambos conflictos estuvo en el levantamiento de un discurso basado en el rescate de la institucionalidad democrática, el pluralismo ideológico, la reforma política y la crítica al modelo económico vigente.

En este marco, respondió a su contendiente desde una dosificada virulencia, estigmatizándolo como el representante absolutamente opuesto a la estructura de un Estado moderno y una sociedad "civilizada". "Bucaram quiere convertir la democracia ecuatoriana en una cloaca... Bucaram es grotesco... mentiroso... calumniador... es un hombre de dos caras..." Borja lo presentó como el fantasma del atraso político, de la irracionalidad. Esta estrategia discursiva logró que el discurso populista de Bucaram se asociara con el de Febres Cordero, lo que concluyó por presentarlos a ambos como parte de una misma argolla.

Paralelamente a la estigmatización de su contendiente, Borja planteó el problema de la personalidad de un presidente. Se definió a sí mismo como un hombre preparado para gobernar, un estadista moderno rodeado de un equipo con especialistas en cada campo. Mientras Bucaram se debatía en la ambigüedad de sus propuestas, Borja llenaba la escena política con la publicación de su programa de gobierno.

Este elemento se hallaba íntimamente ligado a otro de los puntos fundamentales del discurso del candidato socialdemócrata: la oposición entre un partido moderno, la *UD*, y una estructura política de tipo personal y clientelar, el *PRE*. El discurso de Borja, continuación directa de la corriente institucionalista, sumó este argumento para desprestigiar la opción de su adversario. Contrapuso la idea de una democracia partidaria a la movilización explosiva del populismo; la reflexión ideológica y racional a la apelación mágica de Bucaram.

Por medio de todas estas estrategias, el candidato socialdemócrata se aseguró el liderazgo del movimiento institucionalista antioligárquico surgido desde 1986. Esta circunstancia actualizó el enfrentamiento entre las fuerzas democráticas y el populismo de derecha, que el discurso de Borja adjudicó a Bucaram.

Si bien mediante este mecanismo Borja logró aislar políticamente a su

adversario, ello a la larga le impidió generar una relación con las masas más allá de los límites del discurso institucional. Las determinaciones coyunturales de 1986, hicieron que la opinión pública pusiera demasiado énfasis en concebir a los partidos como los únicos instrumentos capaces de canalizar la representación política de la sociedad. Sin embargo, esta contradicción de ninguna manera agotaba la escena política nacional.

Así, el candidato socialdemócrata, a pesar de contar con el apoyo mayoritario del electorado, no generó una movilización significativa de sus bases en torno a su propuesta. El respaldo a la *M* fue de esta manera, silencioso, hasta cierto punto pasivo, circunscrito al momento de la coyuntura electoral, siempre dispuesto a desprenderse de su discurso y a colarse a las propuestas de sus adversarios.

En los últimos meses de la campaña, la opinión pública nacional reaccionó en contra del populismo de Abdalá Bucaram. Los partidos políticos reformistas y de izquierda del país, y diversas organizaciones de mujeres, profesionales, militares de orientación progresista, conformaron un frente en favor de la candidatura de Rodrigo Borja.

Los medios de comunicación tampoco tuvieron una actitud pasiva. Salvo algunas excepciones, adoptaron una posición que contribuyó a crear un ambiente de rechazo al estilo político de Bucaram. La situación se complicó para este último, cuando llegó a enfrentarse directamente con determinados medios de gran influencia en la opinión pública. En un manifiesto publicado por el Colegio de Periodistas de Pichincha, se calificó directamente al candidato del *PRE* como una amenaza para el sistema democrático.

Más determinante fue quizá la posición de la Iglesia, que ante la utilización de Bucaram de símbolos religiosos en su propaganda electoral, hizo públicos varios comunicados en los que criticó la actitud del candidato populista. Esta vez, Bucaram cometió el error de responder a la jerarquía eclesial, acusándola de apoyar a Borja.

Todos estos elementos contribuyeron a desprestigiar al populismo como praxis política presente en la sociedad ecuatoriana. En la opinión pública existió consenso al oponerse a lo que los medios de comunicación denominaron la "degradación de la política" del discurso bucaramista. Junto a ello, se fortaleció la idea, incluso en el interior de los círculos académicos, de que éste era expresión de la conciencia política "primitiva" de determinados grupos, y que era necesario "educar" su politicidad.

En esta perspectiva, la concepción de democracia dominante descartó el supuesto de la participación popular, cuyo contenido, en vez de enriquecer el sistema político parecía contaminarlo de formas políticas no institucionalizadas y "salvajes". La consolidación del sistema democrático, en vez de ser entendida como la articulación política de la diversidad, adquirió el contenido de una cruzada civilizatoria.

En consecuencia, la posición de Borja se consolidó como la única capaz de garantizar el pluralismo, la democracia y la supervivencia de una socie-

dad "moderna". Este consenso permitió que por primera vez en la historia política de Ecuador, el populismo fuera derrotado en una elección presidencial.

LOS RESULTADOS ELECTORALES ⁸

El 8 de mayo de 1988, fecha en que se realizó la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, Rodrigo Borja alcanzó el 47% de los votos (1 700 648) contra el 40.1% (1 448 498) de su oponente.

En la distribución de las tendencias del electorado, el elemento regional fue quizá el factor más importante. Así, por ejemplo, el 62.9% de la votación total de Borja provino de la Sierra, mientras que el 33.5% lo hizo de la Costa. Lo propio ocurrió con Bucaram, quien obtuvo el 66.8% de sus votos en la Costa y el 30.9% de los mismos en la Sierra.

Ello determinó que la distribución regional ⁹ de las votaciones mantuviera una tendencia poco uniforme. Borja sobrepasó el 61% de los votos de la Sierra, donde Bucaram sólo alcanzó el 25.5%. Y Bucaram logró el 55.1% de los sufragios en la Costa, contra 32.5% de su adversario.

Asimismo, el sesgo regional de las preferencias electorales tendió a ser mayor en determinadas provincias, especialmente en las más pobladas. Por ejemplo, Borja obtuvo el 69.7% de la votación total de la provincia de pichincha (provincia que representa el 20.4% de la votación nacional) y el 66% de la de Azuay (4.8%), ambas provincias serranas. En cambio, Bucaram captó el 58% de la votación de Guayas (27.4% del nacional).

El hecho de que la lucha entre las dos propuestas haya terminado en un enfrentamiento regional, refleja cuán importantes son los valores locales y regionales en la determinación de las identidades y discursos políticos en Ecuador.

Otro elemento que se desprende de las estadísticas electorales es aquél que hace referencia a la predominancia urbana del fenómeno populista. La distribución del electorado en cuanto a la relación urbano-rural,¹⁰ muestra que la ventaja de Borja sobre Bucaram fue mayor en las zonas rurales. Si se toma el total de la votación rural y urbana, el candidato socialdemócrata triunfó sobre su oponente con una diferencia del 13% en los sectores rurales y de tan sólo el 5% en las ciudades. Este hecho fue determinante en el triunfo de Borja, puesto que del 6.9% que fue la diferencia final, 3.4% lo obtuvo entre el electorado rural, no obstante, este representó sólo el 26.9% del nacional.

⁸ Los datos estadísticos utilizados en este apartado se tomaron de TSE-INFOC (1990).

⁹ En este análisis sólo se considera el peso electoral de la Costa y de la Sierra, por cuanto entre ambas regiones concentran el 97% del electorado nacional: 48.6% en la primera y 48.5% en la segunda.

¹⁰ La distribución porcentual del electorado urbano-rural en Ecuador fue de 73.1% para las zonas urbanas y de 26.9% para las rurales.

Lo anotado puede distorsionar nuestra interpretación si no se toma en cuenta que la votación urbana de Bucaram, si bien fue superior a la de Borja en todas las provincias costeñas, se concentró fundamentalmente en los sectores urbanos de la provincia del Guayas. En las ciudades de esta provincia, donde votó más del 23% del electorado nacional, el candidato populista logró el 34% del total de sus sufragios.

Sin embargo, esta ventaja no le fue suficiente porque el triunfo de Borja en las zonas urbanas de la Sierra fue mayor al de Bucaram en las de la Costa, incluyendo a Guayas. Mientras el candidato de la *MD* ganó con una diferencia del 36% en las primeras, en las segundas perdió con el -23%. Esta ventaja creció con el aporte de la votación rural serrana, 5% más a su votación nacional, y la reducción de la diferencia, a tan sólo -1.8%, con respecto de su contrincante, en las zonas rurales de la Costa.

No se puede definir por ello al populismo de Bucaram como un hecho únicamente ciudadano, pero sí es visible en él una tendencia a situarse en las urbes antes que en los sectores rurales. Esto también se relaciona con el origen de la clientela del *PRE*, cuya base principal se estructuró inicialmente en Guayaquil. Su proyección a las zonas rurales se produjo como un hecho posterior a su consolidación en dicha ciudad. De ahí, su limitación para expandir su discurso a otros sujetos, cuyos valores culturales e identidad regional diferían de su matriz ideológica.

En ese sentido, la diferencia entre Borja y Bucaram, en lo que a distribución del electorado se refiere, radicó en que la constitución de la fuerza electoral del candidato socialdemócrata logró rebasar el esquema regional y urbano de la convocatoria populista. En su caso, si bien el elemento local tuvo su peso, no fue el determinante, puesto que su propuesta institucional, más que identificada con una determinada región, concernía al conjunto del Estado ecuatoriano y a su sistema político. Borja, en consecuencia, siempre mantuvo una audiencia nacional y pudo calar en grupo como a clase media de Guayaquil y ciertos sectores campesinos de la Costa, opuestos o indiferentes al orden discursivo bucaramista.

Los resultados de las elecciones parlamentarias y seccionales ratificaron el triunfo nacional de la *MD*. La consecución de 30 curules en el Congreso y de un número considerable de alcaldías y prefecturas provinciales, aseguraron a dicho partido el control de la mayor parte de las instituciones democráticas ecuatorianas. Este hecho revela hasta qué punto la *MD* representó la corriente política dominante en la coyuntura de 1988.

El triunfo de la *MD* puede ser asimilado como expresión del afianzamiento del Estado nacional y de sus instituciones. Y además como el fortalecimiento de un tipo de politicidad despersonalizado y racional, propio de un sistema político moderno.

Sin embargo, el significativo porcentaje electoral que arrastró la propuesta del *PRE*, resalta la importancia del discurso populista en el escenario político ecuatoriano. Hay que considerar que los antecedentes que produje-

ron la coyuntura de 1988, coadyuvaron para que Abdalá Bucaram representara una posición extrema dentro de dicha tendencia; circunstancia que localizó casi por completo el alcance de su convocatoria. En ese sentido, lo que resulta sorprendente es que el candidato del PRE, con una postura tan radical, haya calado en el 40% de los votantes de todo el país. La única conclusión que podemos sacar de dicho porcentaje, es que para un número cercano a la mitad del electorado ecuatoriano, la representatividad del sistema político es todavía un problema no resuelto.

Por eso, el resultado electoral de 1988, si bien implicó la consolidación formal del sistema democrático, no representó, de por sí, el avance de la democracia y la participación de todos los sujetos políticos. El mismo hecho de que la escena política haya llegado a un nivel de enfrentamiento tan radical entre el discurso institucionalista y el populista, representa un retroceso en la posibilidad de articular un sistema representativo verdaderamente nacional.

REFLEXIONES FINALES

Rodrigo Borja asumió la presidencia de la república haciendo un llamado a la concertación de todos los sectores sociales y políticos. Luego de cuatro años de un gobierno autoritario como el de Febres Cordero y de una campaña electoral como la que se acababa de vivir, su llamado buscó, en lo fundamental, reconstruir la institucionalidad democrática del Estado ecuatoriano. Ello no era un problema demasiado complicado, en vista de que el marco jurídico estaba ya dado, y solamente era necesario que el gobierno lo respetara y lo hiciera respetar.

La estrategia de Borja buscó convertir a la corriente institucionalista, que respaldó su candidatura, en la base de apoyo a su gobierno. En buena parte lo consiguió, cuando otros partidos de esta tendencia, como la DP y el FADI, aceptaron colaborar con el régimen. Pero en lo fundamental, su propuesta se vio frustrada puesto que inmediatamente regresó la calma democrática al país, el discurso del institucionalismo empezó a disolverse, y con él, el actor político que lo sustentó.

Junto a ello, la capacidad de maniobra del gobierno, orientada a constituir un discurso y un movimiento social que respaldara su gestión, se vio limitado por el programa económico que debió instrumentar apenas asumido el poder. El ajuste fiscal y monetario restó al Estado los recursos para llevar a cabo una política redistributiva de profundas implicaciones en la estructura social, que quizá hubiera generado un cierto nivel de movilización en favor del régimen. A ello se debe agregar que el programa social instrumentado, tampoco ha logrado un impacto considerable en las condiciones socioeconómicas de los sectores beneficiados. Como consecuencia, luego de dos años y medio de gestión, ocurrió un reacomodo casi completo de la escena política.

Reapareció con nitidez el conflicto entre el gobierno y las cámaras de la producción, como respuesta de estas últimas al programa económico de Borja. Ello demuestra que para el sistema político del país, el influjo de los grupos dominantes sigue siendo uno de los puntos de mayor tensión política.

Por otro lado, ha sido evidente la rearticulación del discurso populista en su vertiente oligárquica. Aquel actor político que fue tras la propuesta populista de Abdalá Bucaram, poco a poco se ha ido sumando a la corriente que representa los intereses de los grupos económicos dominantes. Este hecho demuestra que la fusión entre movilización clientelar, autoritarismo y oligarquía predomina sobre el populismo reformista. La huella de la frustración del proyecto antioligárquico de Roldós sigue pesando en la conciencia de los actores políticos portadores del discurso populista, a quienes su patriarca Febres Cordero inspira más credibilidad que su mesías Bucaram.

Ha sido notorio también, sobre todo en el primer año de gobierno, la reaparición de varios movimientos regionales. Diversos cantones y provincias protagonizaron protestas y paros en su jurisdicción, por el aumento de sus rentas o el cambio de su estatus jurídicos. La aparición de este tipo de manifestaciones es perfectamente explicable si se considera que el triunfo del institucionalismo, entendido como el afianzamiento de un sistema político de carácter nacional, provocó la reacción de distintas parcialidades que buscaban fortificar su posición local. La consolidación de estos elementos expresa sin lugar a dudas la limitada capacidad del sistema político ecuatoriano de incorporar los intereses y aspiraciones de todos los actores presentes en la escena política.

Si durante el gobierno de Febres Cordero esta fisura fue aprovechada por la derecha para resquebrajar la institucionalidad democrática y fortalecer la influencia de los grupos particulares de poder que representa, en el gobierno de Borja, la disolución de la corriente institucionalista y la necesidad del ajuste, le impidió promover un estilo de gobierno más participativo en lo político, y redistributivo en lo económico. De esta manera, el discurso político del régimen tiende poco a poco a encerrarse, tal cual le ocurrió al de Hurtado, dentro de los límites de la razón tecnocrática, y a separarse de las expectativas y las demandas sociales.

El divorcio entre participación popular, institucionalidad democrática y ajuste económico constituye la fisura más importante de la joven democracia ecuatoriana. La solución de este problema presenta en la coyuntura actual tres obstáculos principales: *a)* el fortalecimiento del populismo de derecha, porque coopta uno de los ingredientes básicos del sistema democrático, la participación popular, para una propuesta que legitima el dominio económico y político de una minoría; *b)* la sobrevivencia de una estructura política, todavía muy sensible a la influencia de los mismos grupos de poder, y *c)* el predominio de un ajuste económico que pone más énfasis

en la estabilidad de los indicadores externos que en la articulación social y sectorial del aparato productivo.

En el Ecuador de hoy resulta indispensable crear un nuevo discurso político, capaz de articular participación social, modernización del Estado, recuperación económica y redistribución de la riqueza. Un nuevo discurso orientado a canalizar la representatividad de múltiples actores y expresiones políticas, mediante la creación de una institucionalidad que dé cuenta de dicha diversidad.

Si esto no es posible en un futuro cercano, el Estado ecuatoriano, en vez de avanzar en la consolidación de un sistema político verdaderamente democrático, estará muy cerca de ser el ídolo que Nietzsche definiera como el "más frío de todos los monstruos fríos" (Nietzsche, 1980: 82).